

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Francisco

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

Sacramentos: Bautismo (2)

15 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado comenzamos un breve ciclo de catequesis sobre los sacramentos, empezando por el Bautismo. Y hoy también quiero centrarme en el Bautismo, para destacar un fruto muy importante de este sacramento: que nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirmó que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo, casi como su mismo miembro, y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la línea del Concilio Vaticano II, hoy decimos que el Bautismo nos hace *entrar en el Pueblo de Dios*, nos convierte en miembros de un *Pueblo en camino*, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia; y con esa gracia, el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde por el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo, y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena, una etapa más, siempre, como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante: un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo, nos convertimos en *discípulos misioneros*, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhortación Apostólica *Evangeli gaudium*, 120). «*Cada uno de los bautizados, cualesquiera que sean su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador (...). La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo*» (ibid.) de todos, de todo el Pueblo de Dios, de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es un *Pueblo discípulo*, porque recibe la fe, y *misionero*, porque transmite la fe; y eso hace el Bautismo en nosotros: nos da la gracia y nos transmite la fe. En la Iglesia todos somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado; todos, porque el más pequeño es también misionero, y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: "Los obispos no son discípulos, lo saben todo; el papa lo sabe todo, no es discípulo". No, incluso los obispos y el papa deben ser discípulos, porque si no lo son no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión *mística* y la dimensión *misionera* de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «*Al recibir la fe y el Bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo, que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios "Abba", Padre. Todos los bautizados y bautizadas... estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es una llamada a la participación en la comunión trinitaria*» (*Documento conclusivo de Aparecida*, 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios, y en esa comunidad compartimos la hermosa experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser "cañales" de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestras limitaciones y de nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es solo un "marco", un "contorno", sino que es parte integrante

de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. ibíd., 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la *comunidad cristiana en Japón*, que sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados; no quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces, la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento; y cuando nacía un niño, su padre o su madre lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, los misioneros regresaron a Japón, miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo reflorecer; habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante; y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero seguían siendo miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Podemos aprender mucho de esta historia.

(**Saludo a los peregrinos de lengua española, y exhortación a los fieles de lengua árabe procedentes de Jordania y de Tierra Santa a ser verdaderos testigos de Cristo y de su Evangelio, auténticos hijos de la Iglesia, siempre dispuestos a dar razón de su esperanza, con amor y respeto**)